

dán y la verde espesura de sus márgenes, contemplan desde allí el lago Asfaltites y en lontananza vislumbran las azuladas montañas de la Judea, mientras que por otro se ofrece grandioso conjunto de agrestes cañadas y discoloros montes.

Un viajero moderno se asustó, y no sin razón, al ver los actuales solitarios que moran en aquellos lugares, de su pobreza y aislamiento, que sobrepujan á todo lo imaginable. Sobre su cabeza un cielo de bronce, y á sus pies un insondable abismo, encima del cual dan vueltas el águila y el buitre..... ¡Qué lugar más favorable para realizar el sublime ideal de una existencia mística y olvidar los miserables cuidados de las cosas pasajeras de este mundo!

En todas las épocas han servido estas desnudas rocas de retiro á los más austeros anacoretas, gozosos de imitar la penitencia de Jesús. El hecho más extraordinario de su historia es el que refiere San Antonino. «En una de las numerosas cavernas que allí se encuentran vivían, dice él, siete vírgenes llevadas allí desde la juventud. Cada una tenía su celda, la cual le servía de sepulcro cuando moría. Entonces se abría en seguida una de nueva para la que debía ir á sucederle, y esperar en este entreespacio la aurora del día que no tendrá fin.»

Fueron muy numerosos los anacoretas que en los primeros siglos de la Iglesia residieron en las cuevas de esta soledad. Evagro, que á mediados del siglo V hizo un viaje á Palestina describe el método de vida de aquellos solitarios. Aunque las prácticas eran distintas en cada comunidad, todas sin embargo tendían al propio fin. Los unos vivían en comunidad; no poseían riqueza de ningún género, y ni siquiera eran dueños de sus vestidos; cada día trocaban la túnica y manto; comían únicamente hierbas, legumbres, y frutas las indispensables para vivir. De noche y de día oraban en común. Esforzaban sus ayunos hasta el extremo de pasar dos y tres días sin comer. Otros se encerraban en sus celdas, tan bajas y estrechas, que no podían estar en pie ni echarse cómodamente. Retiradas en las cuevas de la tierra, como dice el Apóstol, se consagraban únicamente al estudio de la filosofía divina. Trabajaban, oraban, cantaban Salmos y acogían con agrado á los que iban á consultarles, compartiendo con ellos los frutos que la Providencia le concedía. «Este comunismo perfecto, advierte un autor, lleva un origen cristiano, y reconoce su idea en las palabras de Aquél que no dijo *tomad de los ricos*, sino: *Id, vended cuanto poseéis, dadlo á los pobres, y seguidme.*»

A aquellos primeros anacoretas se atribuye el origen del Rosario. Los que no sabían leer para suplir la lectura del salterio rezaban mien-

tras duraba tantas veces la oración dominical y la salutación angélica, sirviéndose de piedrecitas ó de otros objetos parecidos para contarlas, por cuya razón el rosario se llamó Salterio de María, porque el número de las Aves Marías era igual al de los salterios. Sin embargo, es sabido por todos que la institución del Rosario tal como actualmente rezamos, débese á Santo Domingo. En tiempo de los albigenses, en que se profanaban los más augustos misterios, aquel santo enseñó á honrarlos por un método que está al alcance de todos.

En la época de las Cruzadas fué cuando se generalizó la vida monástica en la Tierra Santa. Jaime de Vitry lo refiere en los términos siguientes: «Entonces, dice, la Iglesia de Oriente empezó á florecer; veíase realizado lo que está escrito en el Cantar de los Cantares: *ya ha pasado el invierno, han cesado las lluvias, brotan las flores de la tierra, y ha llegado la sazón de producir fruto los árboles.* De distintos puntos del globo, de todas las tribus y de todas las lenguas, de todas las naciones que hay debajo del cielo acudían en tropel á Palestina peregrinos que se consagraban á Dios, varones religiosos ganosos de las delicias espirituales de la Tierra Santa. Los antiguos templos eran restaurados ó se construían otros nuevos; en sitios oportunamente elegidos erigíanse conventos de religiosos regulares costeados por la liberalidad de los príncipes y de la caridad de los fieles, en ningún punto faltaban ministros para el servicio del altar; los santos varones que renunciaban al siglo, escogían á su gusto los hogares más convenientes para su vida retirada, unos, á ejemplo del Salvador, preferían el desierto donde después de su bautismo Jesucristo ayunó por espacio de cuarenta días; otros, imitando al profeta Elías, vivían en la soledad del monte Carmelo, en celditas situadas entre peñas, y verdaderas abejas del Señor labraban miel de espiritual dulzura: *dulcedinem spiritualem mellificantes.*»

En el día están todas vacías aquellas colmenas, dispersadas como fueron las abejas por vientos y tempestades; arrostrando persecuciones y aun la muerte los anacoretas se negaron, al ocurrir la invasión musulmana, á abandonar sus grutas. Refiere un autor del siglo XIV que en sus tiempos el musulmán mandó cortar el sendero que conducía á la cumbre para que los anacoretas no pudiesen bajar ni los peregrinos subir á las cuevas, para que en ellas pereciesen de necesidad sus moradores, y, en efecto, el hambre acabó con cuantos no habían caído á los golpes de los beduinos. Dicese sin embargo, que algunos peregrinos procedentes de Etiopía pasan en las desiertas cuevas toda la cuaresma, entregados á la penitencia.

Unas líneas semicirculares que aparecen en la meseta superior de la

montaña son los únicos vestigios que revelan haberse levantado allí antiguamente una fortaleza; por el lado del Este tenía el recinto por defensa natural la escarpada peña, y por el punto en que era más accesible protegíala un foso abierto en la roca. Es de creer que era este castillo uno de los que, con los nombres de Trex y Tauro, menciona Strabón como inmediatos á Jericó y fueron destruídos por Pompeyo, colocando el otro en las márgenes del Ued-el-Kelt, en el punto culminante del Kharbet-Kakum; dicéase en el país que los cruzados separaron y utilizaron el de la montaña de la Cuarentena, el cual formó parte de la línea de fuentes que defendían el territorio, sobre todo por el lado del Este. Los canónigos del Santo Sepulcro eran entonces los dueños de la montaña, y el convento en que moraban los Frailes llamados de la Cuarentena contaba para sí y para cubrir los gastos que ocasionaba el hospedaje de los peregrinos con los diezmos de Jericó.

Si la subida á esta montaña extremadamente alta, derecha y escarpada es difícil y peligrosa, mayores peligros y mayores dificultades preséntanse al bajar. El viajero puede apenas mantenerse en pie, pues el camino está cubierto de piedras y guijarros que ruedan cuando se los toca.

Los betlemitas, una vez satisfecha su devoción que á ella los conduce, estando ya el sol muy bajo en el horizonte, descienden al pie de la montaña. Entonces se dispone todo para la comida; las mujeres amasan la pasta; se arrima al fuego la marmita llena de arroz, y se da vueltas al succulento carnero en el asador. Esta cocina instalada al aire libre, exhala un olor que, en caso de necesidad, despertaría sin duda el apetito. Después de una trabajosa jornada y de una abundante cena, el sueño no se hace esperar mucho. Cada cual, pues, extiende con gusto sus fatigados miembros sobre la dura tierra, sin cuidarse lo más mínimo de la hiena que anda por allí rodando.

Al día siguiente, muy de mañana, se da la señal de marcha. Esta multitud de hombres, mujeres, niños, mulos, camellos..., se pone al instante en movimiento para internarse de nuevo en los resbaladizos senderos que al través de escarpadas colinas conducen á la llanura vecina de sus moradas. Desde aquélla óyense ya los tiros de la población, que sale en masa al encuentro de los peregrinos. Cuando éste tiene lugar se aumenta sobremanera el regocijo, y entonando cánticos de acción de gracias, entra al fin triunfalmente en Belén. El árabe es hablador y muy amigo de largas narraciones é historias maravillosas. Durante interminables veladas el peregrino del Jordán se complacerá en contar á sus amigos reunidos los más menudos incidentes de este viaje.

Nosotros para completar la idea de su fisonomía, no nos alejaremos del famoso río sin emprender, volviendo á la vega al descender de la montaña, una excursión rápida y corta, á la ribera opuesta, á las tierras de Ammón y Moab, al país de Galaad ó Perea, que todos estos nombres tuvo el territorio situado á Oriente del Jordán.

V

Atravesado el río por el vado de Jericó halla el viajero las tierras de los antiguos Ammonitas, poseídas hoy por tribus nómadas que las recorren en todas direcciones: campamentos de beduinos, miserables aldeas de árabes sedentarios, y muy pocas ciudades de escasos moradores, las que abatidas y silenciosas, más que centros de población parecen vastos cementerios vense actualmente allí donde en otros tiempos se levantaron florecientes y populosas capitales.

Después de dos horas de marcha por un país llano y abundante en pastos llega el viajero á Naslah, donde serpentea delicioso arroyo, en cuyas márgenes se encuentran evidentes restos de un acueducto; en la falda de cercana colina se abren varias cuevas sepulcrales. Divísanse á la izquierda las aldeas de Nemrieh, *Beth-Nimra* en hebreo, y Beit-Haram, *Beth-Haran*, á la que Herodes llamó Julias en honor de la emperatriz, y á la derecha se divisa la aldea de Kefrein, *los dos pueblos*, nombre en opinión de algunos derivado de la vecindad en que estaba Naslah, la población antigua y la moderna de aquel modo apellidada.

Allí el camino entra en la sierra, y subiendo siempre, pasando valles y atravesando puertos, llégase á la pendiente que baja al valle de Aarak-el-Emyr, situado á 446 metros sobre el nivel del mar y dispuesto en forma de anfiteatro. En las laderas de los collados que lo forman crecen frondosos encinares.

Llaman en aquel punto la admiración del viajero los restos de alcázar construído por el rey Hircano; las piedras que forman su base son enormes, y M. de Saulcy leyó en una inscripción semítica la palabra *Araqviah*, lo cual revela que primitivamente se llamaría este sitio, en vez de Aarak-el-Emyr, Aarak-Yah, ó sea *Roca de Jehová*. La índole de estas ruinas y de los vastos subterráneos del alcázar han hecho presumir al mismo autor que Hircano se limitó á aprovechar para su defensa un abandonado templo ammonita allí existente desde antigüedad remotísima, haciendo en él las reparaciones del caso. Y en efecto, aun pueden reconocerse por lo que se diferencian de la obra primitiva. El